

Para una Ruta del Quijote: la segunda salida hasta la llegada a Sierra Morena (Capítulos VII a XXIII)

MANUEL FERNÁNDEZ NIETO

RESUMEN

En este artículo, continuación de *Para una Ruta del Quijote: la primera salida* (DICENDA, Cuadernos de Filología Hispánica, 1999, 17, pp. 41-46), se siguen recogiendo las referencias geográficas que permiten trazar la ruta de la segunda salida de Don Quijote, desde su *lugar de La Mancha* hasta su llegada a Sierra Morena, correspondiente a los capítulos VII al XXIII de la primera parte. La segunda salida tiene un carácter distinto al ir Don Quijote acompañado de su escudero Sancho. El itinerario es similar al anterior y se realiza también por caminos reales de La Mancha, sin entrar los protagonistas en ninguna población. Los episodios aquí contenidos son, quizá, los más conocidos y relevantes de la novela. Como en el primer artículo se fijan los puntos concretos que aparecen en el texto, intentando localizar aquellos que carecen de referencia precisa.

Palabras clave: Don Quijote y Sancho, ruta, segunda salida hasta Sierra Morena.

ABSTRACT

We collect in this article, which is the second part of *Para una Ruta del Quijote: la primera salida* (DICENDA, Cuadernos de Filología Hispánica, 1999, 17, pp. 41-61) the geographic references that let us plot the route followed by Don Quixote in his second journey, from the unknown place in La Mancha up to his arrival to Sierra Morena, which corresponds to chapters VII-XXIII of the first part. The second journey is different because Don Quixote is accompanied by Sancho, his shield bearer. The itinerary is similar to the one of the first journey, Don Quixote and Sancho ride along *caminos reales* (royal ways) through La Mancha, without visiting any village in their way. The adventures in this second journey are probably the most known and the most important of the novel. As in the first article, we map out the real spots appearing in the text, trying to find out the place of the spots which lack a precise reference.

Don Quijote y Sancho Panza una noche se salieron del lugar sin que persona alguna los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fue por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque, por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol, no les fatigaban... (I, VII).

Ya tenemos de nuevo a Don quijote en los caminos manchegos pero ahora acompañado de su escudero, como corresponde a todo caballero. Si antes había una sátira a los elementos característicos de los relatos caballerescos, en estos párrafos todavía se acentúa más. Sancho es caricatura de los sirvientes descritos en las grandes novelas del género, empezando por el nombre¹. Amadís tuvo a Gandalín; el Caballero de la Ardiente Espada a Ineril y a Ordán que alcanzaron dignidades nobiliarias, éstos sugieren unos modales y oficio muy alejados del vulgar Sancho Panza que, por si fuera poco, en lugar de cabalgar en un caballo lo hace *asnalmente* en un jumento. Con esto corona Cervantes la burla de caballeros y escuderos, personajes tan admirados a través de los relatos de su tiempo.

Esta segunda salida de Don Quijote abarca desde el capítulo séptimo al último de la primera parte y transcurre íntegramente por la Mancha aunque ahora va acompañado de Sancho, con lo cual la narración se convierte en un continuo diálogo entre las dos figuras, contrapunto una de otra. Los polvorientos caminos y las diáfanas estepas castellanas quedarían marcadas siempre con la estampa del Ingenioso Hidalgo, delgado, casi espíritu sobre su rocín, junto a Sancho, regordete, todo materia, montado en su asno. Cuando se encuentran en una graciosa plática: *En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio dijo a su escudero:*

—*La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desafortados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de la faz de la tierra.*

—*¿Qué gigantes?* —dijo Sancho Panza.

—*Aquellos que allí ves* —respondió su amo— *de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.*

¹ Véase, con respecto a la caracterización del escudero, el magistral estudio de Don Antonio Vilanova: «Erasmus, Sancho Panza y su amigo Don Quijote» en *Erasmus y Cervantes* (Barcelona: Lumen, 1984), pp. 77-125.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino. (I, VIII).

En este episodio, quizá el más famoso de la novela, de nuevo nos encontramos con un problema de localización. Es indudable que caballero y escudero caminan por el Campo de Montiel, por la mañana, en las primeras horas, ya que los rayos de sol les daban oblicuos. Si habían salido como dice el texto de noche no se podían haber alejado del lugar más allá de tres o, a lo sumo, cuatro leguas teniendo en cuenta el tipo de cabalgaduras que utilizaban. Es decir, los molinos según este cómputo tendrían que estar dentro de aquella zona, en donde no existían en tal cantidad pues sólo se conservan restos de dos en el Bonillo, único pueblo situado en el perímetro de las tierras de Montiel, aunque es posible que existieran más, hoy no conocidos, en otros lugares.

La aventura de los molinos de viento, aparte de ser el episodio más conocido del *Quijote*, es el que mayor número de interpretaciones ha suscitado. Los comentarios van desde la simple explicación literal al más sofisticado esoterismo, pasando por sagaces reflexiones filosóficas. No es posible recoger aquí siquiera las principales teorías en torno al tema puesto que excede con mucho el límite que hemos propuesto. En cambio, hay coincidencia, casi general, en aceptar como lugar del hecho Campo de Criptana. Este pueblo difícilmente podría ser el escenario ya que se encuentra demasiado lejos de Montiel como para que Don Quijote y Sancho pudieran cubrir la distancia en tan pocas horas y, además, no está en la ruta de Puerto Lápice hacia donde se dirigen.

A Sancho no le sorprendió encontrar en el itinerario molinos de viento. No duda cuando responde a Don Quijote diciendo «lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra», palabras indicadoras de que su referencia no era ajena a los manchegos.

La historia no parece tan fantástica pues desde lejos, subidos en las colinas y con las aspas en movimiento, los molinos mostraban una extraña apariencia que Cervantes, tantas veces pasajero por la zona, no habría dejado de observar. Ortega al meditar sobre este episodio señala que las cosas tienen dos vertientes: «Es una el «sentido» de las cosas, su significación, lo que son cuando se las interpreta. Es otra la «materialidad» de las cosas, su positiva sustancia, lo que constituye antes y por encima de toda interpretación.

Sobre la línea del horizonte en estas puestas de sol inyectadas de sangre —como si una vena del firmamento hubiera sido punzada—, levántanse los molinos harineros de Criptana y hacen al ocaso sus aspavientos. Estos molinos tienen un sentido: como «sentido» estos molinos son gigantes. Verdad es que Don Quijote no anda en su juicio. Pero el problema no queda resuelto porque Don Quijote sea declarado demente. Lo que en él es anormal, ha sido y seguirá siendo normal en la humanidad. Bien que estos gigantes no lo sean, pero... ¿y los otros?, quiero decir, ¿y los gigantes en general? ¿De dónde ha

sacado el hombre los gigantes? Porque ni los hubo ni los hay *en realidad*. Fuere cuando fuere, la ocasión en que el hombre pensó por vez primera los gigantes no se diferenciaba en nada esencial de esta escena cervantina... En las aspas giratorias de estos molinos hay alusión a unos brazos briareos. Si obedecemos al impulso de esa alusión y nos dejamos ir según la curva allí anunciada, llegaremos al gigante»².

A Cervantes se le pudo ocurrir esta identificación con gigantes viendo la silueta de los molinos a lo lejos, desde donde no se diferencia el cruce de las aspas pues sólo se aprecia el movimiento, semejante a dos brazos, algo que también sería observado por tantos viajeros como atravesaban La Mancha. Con ello se estaría burlando otra vez de la fantasía de las narraciones caballerescas en las cuales eran personajes estos tremendos seres que, por su fortaleza y maldad, causaban grave daño a la gente normal. La sátira es perfecta pues algo tan corriente como un edificio cuya función era de todos conocida se transforma en la mente del Hidalgo en un ente pavoroso, como el que aparecía en tantas páginas de las leídas por el buen Alonso Quijano, contribuyendo a su pérdida de la razón.

Otra cuestión muy debatida en torno a los molinos es su fecha de introducción. Richard Ford, sin documentación que lo acredite, afirma que se establecieron en España hacia 1575, lo que supondría que cuando se escribe el *Quijote* todavía serían una novedad, cosa que desmienten las palabras de Sancho, pero justificaría la sorpresa del Hidalgo menos hecho que su escudero-labrador a los menesteres de llevar trigo a la molienda³.

Varios estudiosos suponen que los molinos de viento pudieron llegar a la Península en el siglo XIII desde Alemania y los actuales Países Bajos donde eran conocidos tiempo atrás. El primer testimonio que poseemos aparece en la obra de Gerolamo Cardano *De rerum varietate libri XVII* (Avinione 1548), observación correspondiente al primer tercio del siglo XVI, dice allí: «No me es posible pasar en silencio, que esto es tan maravilloso, que nunca lo hubiera podido creer antes de verlo, sin peligro de que se me tachara de cándido». Lo habitual habían sido los molinos de agua y los de viento se introdujeron a partir de la escasez de ella. Las *Relaciones topográficas de Felipe II* dan noticia de que el río Záncara, uno de los pocos que solía llevar caudal, no corrió desde el año 1505 al de 1545. La sequía obligaba a acudir a las moliendas instaladas en las riberas del Guadiana por lo que algunos pueblos debían cubrir largas distancias para moler el grano. Se sabe que del Provencio iban al Júcar, a siete leguas; de Quintanar al Tajo a nueve leguas y los del Toboso a cualquiera de las tres pues equidistaban todos alrededor de diez leguas, lo mismo que Mota de Cuervo. Para evitar estos desplazamientos se recurrió a la fuerza del

² José Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*, edición de Julián Marías (Madrid: Cátedra, 1984), pp. 217-218.

³ Richard Ford: *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa* (Madrid: Edics. Turner, 1980), pp. 332-333.

viento que nunca faltaba, resultando estas construcciones en aquellas lomas una novedad extraña a los manchegos.

Algunos de los pueblos de la zona en donde Cervantes pudo situar la aventura de los molinos de viento, pues existen o hay ruinas de ellos, son: Alcázar de San Juan, Almadén, Almodóvar del Campo, lugar que poseía quince en el siglo XVI, Belmonte, Bolaños, el Bonillo, Consuegra, Herencia, Madridejos, Mota de Cuervo, El Pedernoso, Quintanar de la Orden, El Romeral, El Toboso y Villaescusa de Haro, entre otros.

Sin embargo, aunque los itinerarios trazados por Hermosilla y Pellicer señalan un lugar entre Argamasilla y Villarta, es aceptado casi unánimemente Campo de Criptana como escenario de la desigual batalla, por ser su sierra la más poblada de molinos, no en vano el texto dice que «descubrieron treinta o cuarenta». A estas localizaciones hay que oponer la imposibilidad de desplazamiento hasta allí de Don Quijote y Sancho en tan corto espacio de tiempo. En cualquier caso no olvidemos que se trata de una novela y pudo el autor haberlo situado a su arbitrio sin respetar las distancias. En todos los lugares que vemos molinos de viento siempre nos vendrá a la imaginación la hazaña quijotesca, no hay ningún edificio en la Mancha que deba ser más protegido y conservado como el mejor de los monumentos a la creación literaria de Cervantes⁴.

Está claro que a Sancho no le pareció tan descabellada la identificación de su amo entre molinos y gigantes o, de lo contrario, no hubiera continuado viaje con él. Sin embargo, tras recogerle del suelo y recriminarle que donde había molinos de viento era en su cabeza, siguieron el camino de Puerto Lápice: *porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero... Aquella noche la pasaron entre unos árboles... Tornaron a su camino de Puerto Lápice y a obra de las tres del día lo descubrieron.* (I, VIII). Estamos en el día 21 de la acción y el siguiente sería el 18 de agosto.

Puerto Lápice es uno de los pocos puntos geográficos bien marcados en el *Quijote*. En las *Relaciones de Felipe II* de 1576, los habitantes de Herencia señalaron que a dos leguas del pueblo había un puerto llamado Puerto Lápice donde existía una venta por la que pasaba el camino real desde Villarta a Toledo, éste iba entre dos colinas, —la Sierra de la Calderina y las primeras estribaciones de los Montes de Toledo—, y añaden que «la cordillera es peñascosa y que hay cerros fragosos de cantos, de donde se llevaban para los edificios». De aquí vendrá, probablemente, el nombre *Portus Lapidum* > Puer-

⁴ Federico Aguirre y Prado en *Los fantasmas de Don Quijote* (Madrid: Sánchez de Ocaña, 1931), trata extensamente, y con verdadera nostalgia, de los molinos manchegos, especialmente de los de Campo de Criptana. Es justo aquí rendir homenaje a la memoria del pintor Gregorio Prieto cuya labor en pro de los molinos hizo que, aparte de ser declarados monumentos nacionales los existentes, se impulsara la restauración y edificación de otros nuevos. Véase su libro *Los Molinos*, (Madrid: Edic. Nacional, 1966).

to Lápice, también se dice que era zona de bosques, muy apropiada, por tanto, desde el punto de vista del Hidalgo, para aventuras caballerescas.

El hecho es que con el tiempo el actual municipio se conocía con la denominación de Ventas de Puerto Lápiche, en alusión a quinterías y posadas allí existentes para descanso de viajeros. Era «lugar muy pasajero», como señala don Quijote ya que por allí se entraba en tierras manchegas. En este punto se unía el camino que iba hacia el Campo de Montiel y Puerto de Muradal, Jaén y Granada y el que, por Campo de Calatrava, llevaba a Córdoba y Sevilla; aparte confluían otros caminos vecinales.

Es lógico, por tanto, dentro de la verosimilitud del relato, que por una de aquellas vías, Hidalgo y escudero, hallasen gente que atravesaban la Mancha desde o hacia Andalucía. Así sucede con la señora vizcaína que venía en el coche para, desde Sevilla, embarcarse a las Indias. Era escena corriente en los libros de caballerías el encuentro, en las encrucijadas, con personajes diversos de los que surgían nuevas aventuras.

Otra vez la fina sátira de Cervantes actúa contra las fantásticas narraciones pues dice: *Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios....* Esto sí que hubiera sido sorprendente en aquel tiempo y en aquellas tierras, por ello inmediatamente nos desengaña: *que no eran más pequeñas dos mulas en que venían...* Se burla así de los personajes caballerescos, que en el *Amadís*, en *Florisel de Niquea* o en *Policisne de Beocia*, iban viajeros a lomos de inusuales o fantásticas bestias, pues aparte de osos, camellos, elefantes y dromedarios, podían montar sobre unicornios, hipogrifos o sierpes.

Tampoco resultarían raras a los lectores del género caballeresco las voces de don Quijote cuando se dirige a los acompañantes del carruaje: *Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejáis a recibid previa muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.* Son palabras muy semejantes a las del Infante Floramor en la novela *El Caballero de la Cruz* cuando unos gigantes secuestran a los emperadores de Constantinopla y a la Princesa Cupidea y dándoles alcance, acompañado del Caballero de Cupido, les dice: «malditos traidores, dejad las doncellas que robadas lleváis, sino todos moriréis a mis manos» (Lib. 2, cap. 30). Toda la lucha que sigue con el vizcaíno y el *suspense* final persigue acentuar la parodia de aquellos delirantes textos.

La acción, detenida entre los capítulos octavo y noveno, tiene lugar en el mismo camino cercano a Puerto Lápice. Pero aquí lo de menos para Cervantes es la precisión geográfica, su intención es imitar a los autores de los libros de caballerías que interrumpían el relato para acrecentar la curiosidad de los lectores. En *Belianís de Grecia* se dice que está «sacado de la lengua griega, en la cual lo escribió el sabio Frístón»; Garcí Ordoñez de Montalvo en su novela *Las Sergas de Esplandián* corta la narración y dedica un capítulo a contar cómo halló el texto escrito por el maestro Elisabad a quien da como primer autor del

libro. En el *Quijote*, para provocar la risa, el manuscrito se encuentra en el Alcaná de Toledo, es decir en una calle de tiendas, principalmente de mercerías, en lo que es hoy calle de Cordonerías, en el comercio de un sedero que, lógicamente, compraba papeles para envolver sus telas y a nombre de *Cidi Hamete Benengeli*⁵.

EL AUTOR ARÁBIGO Y MANCHEGO DEL QUIJOTE

Cervantes al final del capítulo octavo dice que la narración tiene un *segundo autor* que, por falta de documentación, dejó sin concluir la aventura del vizcaíno. Habría otro autor que encuentra el texto en el Alcaná de Toledo. Sin embargo a partir del capítulo noveno da por supuesto que el único autor es *Cidi Hamete Benengeli* a quien traduce del árabe al castellano y concluye la historia dejada en suspenso aunque sin explicar de donde ha sacado el texto precedente.

Los cartapacios hallados tenían por título *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador árabe*; sobre el significado y la etimología de este nombre ha habido distintas hipótesis. Para José Antonio Conde *Benengeli* significa, por su raíz árabe, hijo del Ciervo, Cervál o Cervanteño, o sea que sería una clave de Cervantes para designarse a sí mismo. Leopoldo Eguilaz tras recoger la relación indudable de Cide «señor» y Hamete— Hamed, «nombre común entre moros» con el significado de «el que alaba o el que glorifica», identifica Benengeli, procedente de *bedencheli*, con *aberenjenado*, coincidiendo así con Sancho cuando en la segunda parte llama al autor «Cidi Hamete Berenjena» que a la vez se ajusta con el apodo *berenjeneros* dado entonces a los toledanos por su afición al cultivo y consumo de esta planta solanácea⁶.

Pese a ser *berenjenado* la significación mayoritariamente aceptada, han seguido apareciendo interpretaciones de lo más diverso. Bencheneb y Marcilly sugieren que *Benengeli* sería palabra compuesta de «Ben» igual a hijo y «engel» cuya traducción es «evangelio», con la adición de la -i final, característica de la lengua turca, conocida por Cervantes a partir de su estancia en Argel. De esa forma el sentido sería *Señor Hamed Hijo del Evangelio*, con lo cual se pretendería marcar la credibilidad incuestionable del autor árabe y manchego^{6 bis}. Sobre esta misma etimología Dominique Reyre señaló la concurrencia de

⁵ Véase Rodrigo Amador de los Ríos: «El Alcaná de Toledo» en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, enero-febrero de 1911.

⁶ Leopoldo Eguilaz y Yanguas: «Notas etimológicas a El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», en *Homenaje a Menéndez Pelayo*, Tomo II (Madrid: Victoriano Suárez, 1899), pp. 121-142.

^{6 bis} S. Bencheneb y C. Marcilly: «Qui était Cide Hamete Benengeli?», en *Melanges à la mémoire de Jean Sarrailh* (París, Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques), 1966, vol. I, pp. 97-116.

«Ben» e «Iggel» que significa «hijo del ciervo», además de otras similitudes con el apellido de Cervantes⁷.

Aparte de su sentido etimológico, se han desarrollado toda una serie de teorías en torno a la clave que encierra el nombre de Cidi Hamete Benengeli como autor del *Quijote*. Algunos han interpretado que se trata de un anagrama de Miguel de Cervantes puesto que, combinando las diecinueve letras del seudónimo, se lee Miguel de Cerbante, sobrando cinco por causas ortográficas al imitar el árabe⁸. Muy difíciles de creer son las soluciones que cambian las letras para formar nombres y frases diversas. Así Rodrigo Sanz piensa que *Cide Hamete* es anagrama que reúne las iniciales del autor M. de C. y la expresión «ya te hé» o «héte ya», en reconocimiento de que se ha dado con la clave, y *Benengeli* que, según opina, no es voz árabe sino sobrenombre hecho de la comparación latino-griega *bene-engelys*, contraída en *benengeli*. Altera el orden, e incluso «arávigo» por «arábigo» y llega al siguiente resultado: de la frase «cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego» saca otra que dice «¡ca! Héte ahí, M. de C., prudentísimo autor manco y viajero», o también si se cambia *arábigo* por *arávigo* y se elimina manchego sale «Miguel de Cerbantes i Cortinas, ahier i hoy agetreado»⁹. Con juegos semejantes también hacen lecturas ocultas José de Benito y Miguel Ligerio¹⁰.

Para justificar la presencia de Cidi Hamete Benengeli no es necesario acudir a recónditas explicaciones. Puede tratarse de nuevo de una sátira cervantina contra los libros de caballerías, cuyos autores referían a veces que el texto era una traducción de otro idioma, entre ellos el árabe, como sucede en *El Caballero de la Cruz* de Pedro de Luján. Menéndez y Pelayo citaba como inspirador de Cervantes el *Lepolemo* de Alejandro de Salazar que se presentaba como una traducción del árabe hecha por el cronista Jartón¹¹.

Sin embargo, contrariamente a lo que sucede en los libros de caballerías cuando utilizan similar recurso, en el *Quijote* el historiador ficticio no desaparece nunca y es citado a lo largo de la obra. La novela pertenecería a tres autores: uno anónimo, responsable de los primeros capítulos, otro árabe, Cidi Hamete, y, por último, Miguel de Cervantes, compilador del conjunto¹².

⁷ Dominique Reyre: *Dictionnaire des noms des personnages du «Don quijote» de Cervantes* (París: Éditions Hispaniques, 1980).

⁸ Fermín Caballero, ob. cit., p.44, n. 1.

⁹ Rodrigo Sanz: «Sobre el seudónimo Cide Hamete Benengeli», en *Revista Americana de Buenos Aires*, XXVI, 1930, pp. 7-19.

¹⁰ Véase José de Benito: «El ropaje de Cide Hamete Benengeli», en *Hacia la luz del Quijote* (Madrid: Aguilar, 1960), pp. 121-191 y Miguel Ligerio, ob. cit., pp. 131-135. Como curiosidad véase también la hipótesis del Padre López Navío II «Cide Hamete Benegili: Lope de Vega» y III «Los dos autores del *Quijote*: primer autor, Cide Hamete (Lope), segundo autor (Cervantes), en *Anales Cervantinos*, VIII, Madrid, 1959-60, pp. 151-239.

¹¹ Marcelino Menéndez y Pelayo: *Orígenes de la novela* (Madrid: M. Bailly-Bailliére, 1905-15), pp. 436-437.

¹² Véase Santiago A. López Navía: *El autor Cidi Hamete Benengeli y sus variantes y pervivencia...* Tesis Doctoral, Universidad Complutense, 1990.

Hay que tener en cuenta además que Cervantes, aparte del calco de las novelas caballerescas, tiene presente en Cidi Hamete la pseudo-historicidad de las misceláneas de su tiempo. Desde obras de ficción a libros con pretensión de crónicas verdaderas, casi todas incluían hechos reales y fantásticos, mitos y leyendas, con intención de sorprender al lector con su saber enciclopédico y dar al relato verosimilitud. Así surgen una serie de polianteas, sumas y compendios en donde caben fuentes y autores de lo más variado. El «género mixto» es el habitual y en una misma trama se engarzan distintas formas literarias (poesía épica y lírica; diálogo renacentista y dramático; prosa científica y fantástica...) procurando respetar el recurso que sirve de hilo argumental. En el *Quijote* mediante el «autor arábigo y manchego» encontramos, junto a la parodia de los ficticios narradores, la burla de estos textos en prosa, auténticos relatos ficticios que, sin embargo, circulaban como verdaderas historias sacadas de antiguos archivos¹³.

Cervantes parece aludir a todo el entramado literario-histórico que mostraban los libros en prosa cuando dice: *...Otras menudencias habría que advertir, pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera*. El sentido es doble, pues no sólo puede referirse a la verdad científica, al suceso probado y documentado, sino también a la obra como resultado de la creación de un escritor, de su verdad¹⁴. Además el autor del *Quijote*, aparte del elemento burlesco, quiere que la historia conforme las aventuras de un héroe, ya que como pensaban entonces los preceptistas los hechos increíbles no merecían admiración.

OTRA VEZ DE CAMINO

Al final del capítulo noveno nos enteramos de que don Quijote sale vencedor de la aventura con el vizcaíno a quien impone que, junto con sus acompañantes, vaya al lugar del Toboso para presentarse ante Dulcinea. Así lo prometen, aunque sin intención de cumplirlo, y amo y escudero se entraron por un bosque que allí junto estaba. Pero de nuevo peca Cervantes contra el tiempo, puesto que hacia las tres de la tarde llegaron a la vista de Puerto Lápice, como se dice en el capítulo octavo, sigue la aventura de los monjes Benitos, la batalla del vizcaíno y el diálogo de camino que concluye con la comida de don Quijote y Sancho: *Pero, deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida; subieron luego a caballo, y diéronse prisa por llegar a poblado antes que anochebiese; pero faltóles el sol*

¹³ Véase Manuel Fernández Nieto: «Función de los géneros dramáticos en novelas y misceláneas», en *Criticón*, Toulouse, n.º 30, 1985, pp. 151-168.

¹⁴ Véase Edward C. Riley: *Teoría de la novela en Cervantes* (Madrid: Taurus, 1971), pp. 255 y sigs.

y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto a unas chozas de unos cabreros y así determinaron de pasarla allí (I, X).

Si hacemos un cómputo de horas ni es comida lo que realmente hacen, ni pudieron alejarse demasiado de Puerto Lápice. También a partir de su entrada en el bosque existe en la novela una notable imprecisión geográfica. Hidalgo y escudero se dirigen hacia el sur por una de las rutas que partían de las ventas del Puerto, único punto de la segunda salida fijado con exactitud.

Joseph Townsend en su *Viaje por España*, de 1786, describe así este paraje que suponemos no muy cambiado desde época cervantina: «Llegamos a las Ventas de Puerto Lapiche (...) El territorio es llano, y el panorama hacia el Norte, extenso; pero antes de llegar a las Ventas ya habíamos perdido de vista las nevadas montañas que separan las dos Castillas. En condiciones atmosféricas favorables, y a una altura razonable, creo que pueden verse a más de cien millas de distancia. El suelo está constituido por un arena suelta de cuarzo y se asienta sobre una roca granítica. Lo aran con un par de mulas o de borricos, y allí donde recibe el riego de las norias produce mucho trigo. El abundante vino es excelente. Lapiche es un pueblo miserable cuyos habitantes parecen medio muertos de hambre a pesar de que sus cultivos nunca pueden quejarse de la falta de agua, pues llegué a contar más de treinta norias en un espacio de unos sesenta acres.

La venta es del tipo tradicional en España. Tiene sesenta pies de longitud y, si descontamos las construcciones adyacentes, no más de diez de anchura. En un extremo se encuentra la cocina, que es una campana de chimenea de diez pies cuadrados con un hogar en el centro rodeado por tres de sus lados por un banco que sirve a los arrieros para sentarse durante el día y dormir por la noche. Se abre a un establo en el que con simplicidad primitiva, y bajo un mismo techo hospitalario...

Iguemque Lamenque

Et pecus et dominos communi clauderet umbra

(Juvenal)

Junto a este edificio hay un patio con un pozo en el centro y un cobertizo para coches y carretas en un extremo. El dormitorio se encuentra sobre el establo, por lo que, como es habitual, toda la noche oímos, o pudimos haber oído, el tintineo que producían las campanillas que llevaban nuestras mulas sobre la cabeza, y que sonaban al menos siempre que comían (...)

Desde las Ventas descendimos a una dilatada llanura rica en olivos, trigo y azafrán, y cercados por todos los lados por altas colinas.»¹⁵

El primer itinerario que pudieron seguir Hidalgo y escudero es, por el camino de Toledo-Córdoba-Sevilla, el que atravesaba Ciudad Real e iba a Al-

¹⁵ Joseph Townsend: *Viaje por España en la época de Carlos III* (1786-1787), prólogo de Ian Robertson, trad. Javier Portas (Madrid: Turner, 1988), p. 256.

modóvar del Campo; el segundo, de Toledo a Granada, partía del anterior en Malagón y pasaba por Carrión de Calatrava, Almagro y Viso del Marqués para cruzar Sierra Morena a través del Puerto de Muradal, el tercero, desde Puerto Lápice, transcurría paralelo al Campo de Montiel y llevaba a Manzanares, Valdepeñas y Santa Cruz de Muradal¹⁶.

Todos estos caminos bordeaban pueblos cuyos términos pudieron ser escenario de los hechos de Don Quijote. A los lugares antes citados se pueden añadir Peralvillo, Caracuel, Ventas del Molinillo, del Alcalde, de Tejada y de Herrero; Tembleque, Villacañas, Miguel Esteban, El Toboso, Manjavacas, Las Mesas, El Provencio, Campo de Criptana, Mota de Cuervo, Monreal, Villaescusa de Haro, Cervera, Honrubia, San Clemente, Villarrobledo, La Osa, Villahermosa, Montiel, La Puebla... Ahora bien, realmente, debido a la imprecisión cervantina no podemos señalar el lugar donde suceden episodios tan conocidos como el de los cabreros o el de Marcela y Grisóstomo.

En general, éste se ha situado entre Arenas de San Pedro y Villarrubia de los Ojos. Agostini y Gallego creen, por la referencia a la fuente del Alcornoque, en donde pide ser sepultado Grisóstomo, que estos hechos se localizan entre la venta del Alcalde y la de Tejada en la sierra de Alcudia y no lejos de Horcajo, en el antiguo camino de León a Toledo, Córdoba y Sevilla. En esta zona fijan también el resto de los episodios basándose en la inverosimilitud del recorrido Puerto Lápice-Sierra Morena en tan breve tiempo y con tantas incidencias¹⁷.

Confirmaría esta hipótesis el discurso que dirige Marcela a los amigos de Grisóstomo: *Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura*, para añadir más adelante: *La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera*. Tras estas palabras la pastora *se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba...* Don Quijote defiende el derecho de la zagala a su soledad y cuando, por último, le ruegan los caminantes que vayan con ellos a Sevilla en busca de aventuras, declina la invitación: *hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas*, en clara alusión a Sierra Morena, lugar que pasaba por ser asilo de bandoleros hasta casi nuestro siglo.

Pero con todo, de nuevo nos encontramos aquí con una falta de datos que nos impide ubicar los hechos con exactitud. La descripción del escenario de los sucesos pastoriles es demasiado indeterminado como para identificarlo y abundan los pasajes manchegos a los que podría hacer referencia. El rústico

¹⁶ Véase José Terrero, ant. cit.

¹⁷ Véase Agostini y R. Gallego, ob. cit., pp. 50-52. En estos mismos lugares situó los hechos Juan Francisco Lara, ob. cit., pp. 149-50.

Pedro, dirigiéndose a Don Quijote, para contar el desdén de la pastora dice: *Y si aquí estuviéredes, señor, algún día, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna, una corona grabada en el mismo árbol... Aquí suspira un pastor, allí se queja otro; acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina o peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol a la mañana, y cuál hay que, sin dar vado ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadada siesta en verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo* (I, XII).

Como se puede observar el relato recoge la tónica característica de los géneros bucólicos. La fantasía novelesca más que la realidad es la inspiradora de pobladas selvas, de empinados riscos o de esa ardiente arena que tan a menudo aparece en la poesía renacentista. En las primeras frases se cita la «Fuente del Alcornoque», topónimo corriente en numerosos lugares puesto que este árbol, y aún más la encina, ocupaba todavía algunos espacios de la llanura manchega en el siglo XVI y se encontraba especialmente en Sierra Morena.

Hasta aquí la descripción sería verosímil, pero el pastor habla nada menos que de «dos docenas de altas hayas», o sea de la *Fagus Silvatica*, especie inexistente en toda la Mancha ya que sólo se da en terrenos húmedos, en las umbrías de las montañas y, por lo general, en cotas superiores a los mil metros. Que se sepa, estos árboles nunca se dieron en España por debajo del paralelo 40°. El profesor Ceballos apuntó como muy probable que Cervantes conociera las hayas en sus recorridos por el Norte de Italia, observando allí la costumbre de los enamorados de grabar sus nombres en las cortezas del árbol; cuando escribe el episodio de Grisóstomo le pareció apropiado dar esa nota forestal en tierras manchegas sin ajustarse a la vegetación real, quizás porque nunca debió pensar que su obra sería analizada con tanto detalle¹⁸.

Don Quijote y Sancho, acabado el entierro de Grisóstomo, *se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela, y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron a parar a un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco, tanto, que convidó y forzó a pasar allí las horas de la siesta que rígurosamente comenzaba ya a entrar* (I, XV). Nos ha-

¹⁸ Véase Luis Ceballos, ob. cit., pp. 23-24. Pedro de Novo, ob. cit., p. 8, sitúa los sucesos pastoriles en los derrames de la Sierra de la Virgen, en Villarrubia de los Ojos, en los riscos de La Calderina, por donde los Montes de Toledo mueren en el llano entre Serrana y Luenga. Para Torres Yagües el entierro y demás acontecimientos sucederían en un bosquecillo de los alrededores de Arenas de San Juan y hace vivir a Marcela en Daimiel (ob. cit., pp. 110-111). Serrano Vicens cree que el escenario de los hechos es la ribera del río Fresnedas.

llamos en el día 23 de la acción que coincidiría, según el cómputo que llevamos, con el 19 de agosto.

El encontrarse caballeros andantes en un verde prado junto a una fuente, dejando pacer libremente a sus monturas, era escena de algunos relatos. Geográficamente podríamos señalar varios lugares donde Cervantes pudo imaginar el suceso. Se ha precisado desde un pradecillo de los muchos que hay a la parte sur del Puerto de Niefla, en tierras de Alcudia, a parajes entre Villarrubia y Daimiel, el regado territorio donde se junta el Cañamares al Guadiana, o también a mitad del camino entre Daimiel y Torralba.

Para Vicente Gaos el capítulo XV es una fábula mejor que las de Lafontaine. Recordemos que hidalgo y escudero, cansados, piensan pasar las horas de la siesta en la fresca yerba y dejan al jumento y a Rocinante a sus anchas, pues le suponían *tan manso y tan poco rijoso, que todas la yeguas de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro*. Quiso el destino que también hubiese en aquel lugar una manada de hacas galicianas que atrajeran al rocín, siendo rechazado por ellas y por sus dueños, arrieros yangüeses, quienes muelen a palos al caballo y a Don Quijote y a Sancho que intentan defenderlo. Se trataría, por tanto, de una parodia del episodio de Marcela, una réplica con el cuadrúpedo humanizado de protagonista, por eso el escudero dice tras haber recibido la paliza: *Jamás tal creí de Rocinante; que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir a conocer a las personas, y que no hay cosa segura en esta vida*.

Todo el entramado literario del suceso está realizado con citas reales pues, en efecto, eran famosas las yeguas de Córdoba que se criaban en un magnífico edificio, complementado con varias dehesas, siendo los caballos allí cuidados los más apreciados de España. Las *hacas galicianas*, o jacas gallegas, eran de poca alzada pero muy fuertes, por lo que se utilizaban para arrastre. También los yangüeses, naturales de Yanguas, en la provincia de Segovia, fueron conocidos por su dedicación a la arriería por lo que el término *yangüeses* pasó a ser en época de Cervantes sinónimo de arrieros.

Las alusiones han hecho pensar en un escenario concreto: el valle de Alcudia que fue zona de trashumancia, en el cual confluían las aguas del Alcudia, del Guadalamez y de distintos arroyuelos que discurrían por la zona, cuyos pastos fueron explotados por la Orden de Calatrava. Era el Alcudia lugar de invernadero de los ganados trashumantes y montanera, gracias a la abundancia de encina; también se daba el alcornoque y en sus cañadas, ventas y batanes se cruzaban pastores durante todo el año. El sitio, si nos atenemos al relato, coincide con las descripciones cervantinas pero no con la verosimilitud de los hechos pues resulta imposible que Don Quijote y Sancho llegaran tan al sur, desde Puerto Lápice, en unas pocas horas.

Algo recuperados del varapalo, dice Don Quijote: *Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que más te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí*

*antes que la noche venga y nos saltee en este despoblado[...]*En resolución, Sancho acomodó a don Quijote sobre el asno, puso de reata a Rocinante, y llevando al asno de cabestro, se encaminó poco más o menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aún no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta que, a pesar suyo y gusto de don Quijote, había de ser castillo (I, XV).

Los capítulos XVI y XVII transcurren en la venta de Palomeque el Zurdo, hospedería que ha sido identificada en puntos diversos según los estudiosos de la ruta quijotesca. Desde la Venta del Molinillo (Agostini-Banús) y la del Alcalde o la Inés, en las estribaciones de sierra Morena (Perona), a una edificación en la carretera entre Ciudad Real y Puerto Lápice, a dos leguas del actual Parador de Turismo de Manzanares (Pedro de Novo). También se ha ubicado en un sitio cercano a Almagro o, por la misma zona, en los alrededores de Carrión de Calatrava (Torres-Yagües), o en la Venta de las Motillas por Ángel Ligeró.

Ahora bien, localizaciones concretas aparte, no olvidemos el carácter burlesco que imprime Cervantes a todo el relato, contraposición de los libros de caballerías. El lector sabe que se trata de una venta con su ventero, su mujer e hija y una moza asturiana que servía en ella. Allí se encontraban también arrieros, *cuatro perales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla*, además de un cuadrillero, es decir, gente habitual de este tipo de establecimientos con la que tantas veces se habría encontrado Cervantes en su paso hacia Andalucía. Pero la enajenación novelesca de don Quijote otra vez confunde todo.

El diálogo con que comienza el capítulo XVII es una clara sátira de los relatos heroicos:

—Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes amigo Sancho?

—¿Que tengo que dormir, pesía a mí—respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho—, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche?

—Puédeslo creer así sin duda—respondió don Quijote—; porque, o yo sé poco, o este castillo es encantado. Porque has de saber...

La alusión a «castillos encantados» era familiar a los conocedores del mundo caballeresco. En estos lugares solían estar encerrados durante meses y meses paladines, princesas y dueñas, hasta que se presenta un noble guerrero que rescata a los allí encastillados contra su voluntad. En el *Orlando furioso* aparece una fortificación construida por el mago Atlante, en el Pirineo, en donde encarcelaba caballeros y doncellas. Bradamante, con auxilio de un anillo encantado, vence el hechizo y quedan libres Rugero, Gradaso y Sacripante con otras personas allí presas. Pero aquí se trata de una venta manchega.

Nada más alejado de un castillo, tal como aparecen en los textos literarios, que estas hospederías de camino. Antonio Oudín, en sus *Diálogos muy apaci-*

bles publicados en París no muchos años después del *Quijote*, en 1650, cuenta de las ventas que el viajero halla en ellas: *el casco de la casa, con un poco de ropa blanca y a veces no hay camas*. Azorín comenta en torno a estos albergues: «No hay nada en las ventas de España. No se puede viajar por España. La desprovisión de las ventas es una verdad incontrovertible. En toda Europa lo saben. ¿Y como no ha de ser verdad la inopia de las ventas si Cervantes acredita el aserto? No podemos dudar de Cervantes. Las ventas son malas; las ventas están en España; España es, por lo tanto, lógicamente, fatalmente, un país inculato. Lo que pasa en España no pasa en ninguna parte... Para establecerse en una venta se necesita cierta vocación de abnegado eremita. Hay, además, que emplear un capitalito en bastimentos; aceite, vino, jamón, cecina, embutidos, garbanzos, judías, sal, especias, etc. Como no existe tránsito, especialmente en las ventas esquivas, habrá que tener ese capitalito inmovilizado; aparte de que, con el tiempo, las vituallas, ciertas vituallas se deterioran... En la venta... sólo se encuentra vino, aguardiente, pan y pimientos...»¹⁹.

Todo es burla en las ventas del *Quijote*, en contraposición con los castillos; las estancias y alcobas de éstos son según el texto cervantino *un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años y el cómodo lecho: cuatro mal lisas tablas, sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodeques, que, a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento, en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo*.

Por si no es bastante chusca esta identificación venta-castillo encantado, a continuación don Quijote confunde a Maritornes, la poco agraciada y nada virtuosa sirvienta que acude a una cita amorosa con un arriero, con la hija del señor del castillo. Su imaginación novelesca le hace decir *que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podría decir del adorno de su persona! ¡Qué de su gallardo entendimiento! ¡Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo a a mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio?...*

Se trata claramente de otra burla a los relatos de caballerías en donde se describen lances de este tipo. Aquí se llega al extremo de la degradación: la princesa es una tosca fregona citada con un mulero en el desván de una posada con el fin, nada ideal, de refocilarse. Lo de menos es el lugar concreto donde sucede porque, como cuentan los textos de la época, nada más vulgar e incómodo, en contraste con las descripciones literarias, que una venta de las que jalonaban las vías reales de la Mancha, tan conocidas por los viajeros de entonces.

Los sucesos de la venta concluyen a la mañana siguiente, que fue la del día 24 de la acción y 20 de agosto, con la salida de don Quijote, recuperado de la

¹⁹ Azorín, *Con permiso de los cervantistas* (Madrid: Biblioteca nueva, 1948), pp. 157-158.

paliza gracias al imaginado bálsamo de *Fierabrás*, y sin querer pagar el alojamiento pues, sigue pensando, nunca ha leído que un caballero pague en un castillo. La deuda se la cobra el hospedero con las alforjas y el manteamiento del escudero, desgracia tan recordada a lo largo del relato.

En los primeros párrafos del capítulo XVIII se supone que amo y escudero siguen avanzando mientras dialogan hasta que: *vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y, en viéndola, se volvió a Sancho y le dijo: ...¿Ves aquella polvareda que allí se levanta? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando.*

—A esa cuenta, dos deben de ser —dijo Sancho—, porque desta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda.

Volvió a mirarlo don Quijote, y vio que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura...

Más adelante, cuando describe a los dos bandos, dice: *retirémonos a aquel altito que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hicieronlo así, y pusieronse sobre una loma, desde la cual se verían bien las dos manadas...*

Este llano con su montículo ha sido identificado en una zona del Alcudia, cerca de Moral de Calatrava, y también cerca de Bolaños o junto a Argamasilla de Calatrava, aunque lo de menos es el sitio concreto puesto que cualquier llanura cruzada por caminos vería entonces pasar el ganado. Lo realmente curioso es cómo Cervantes de la trashumancia de los rebaños habitual en tierras manchegas, es capaz de realizar una de las mejores parodias de las descripciones guerreras del ficticio mundo caballeresco. El primer acierto lo encontramos en la formación de nombres ridículos, muy poco alejados de los que encontramos en los libros de ficción. Recordemos algunos como el Emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana, el rey de los Garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo, Micocolemba, Gran Duque de Quirocia, Bradabarbarán de Boliche y Timonel de Carcajona, el enamorado de la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarbe.

Pero hay que imaginar el asombro, no sólo de Sancho, sino de cualquier lector que conociera la Mancha oyendo el desfile de semejantes personajes por aquellas llanuras, ya que a éstos les acompañaban: *gentes de diversas naciones: aquí están los que bebían las dulces aguas del famoso Janto; los montuosos que pisan los masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termidonte; los que sangran por muchas y diversas vías el dorado Pactolo; los nómadas, dudosos en sus promesas; los persas, arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En*

estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las encendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

La caricatura de los libros mentirosos, como llama Cervantes en este mismo capítulo a los de caballerías, no es posible superarla. Los conocedores del mundo clásico quizá recordarán con las palabras de don Quijote la enumeración de las naves y capitanes griegos citados por Homero en el libro segundo de la *Iliada* o la que hace Virgilio en el séptimo de su *Eneida*. A los entusiastas de *Amadís*, *Palmerín de Inglaterra* o el *Caballero de Febo* les vendría a la memoria pasajes muy similares. Pero todo ello se situaba en lugares remotos y desconocidos. Aquí, en cambio, se alude a los polvorientos caminos manchegos los cuales, aparte de los coches de viajeros y sus cabalgaduras, eran recorridos por pastores y ganados. El misterio se desvela cuando don Quijote dice: *¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?*

No oigo otra cosa —respondió Sancho— sino muchos balidos de ovejas y carneros. Jamás se ha escrito mejor parodia de una batalla que ésta del capítulo XVIII del *Quijote*.

La aventura acaba con el apedreamiento de los pastores al Hidalgo, quien es derribado y recogido por su escudero con varias muelas de menos. No se atreve don Quijote a llevar la iniciativa después de no hacer caso a Sancho, que ha visto realmente los carneros, y dice con intención de encontrar alojamiento esa noche: *Sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso donde quisieres.*

Hízolo así Sancho y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido.

Yéndose, pues, poco a poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sosegar ni atender a darse prisa... Pero, pese a todas las pruebas en contra, el genial hidalgo marcha convencido de haber luchado contra un ejército y que los malos encantadores le han arrebatado la gloria transformándolo en un rebaño.

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen...; pero, con todo esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, a una o dos leguas, de buena razón hallaría en él alguna venta.

Yendo, pues, desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venían ha-

cia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían... y vieron que las lumbres se iban acercando a ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían.... Por fin vieron que eran unos veinte encamisados con sus hachas encendidas.

De nuevo el equívoco para burlarse de las hazañas caballerescas. Se denominaba «encamisados» a los que, por artificio militar de sorpresa, en las batallas nocturnas, vestían camisas blancas con las que reconocerse entre ellos y no ser confundidos con los enemigos. Aquí eran *gente medrosa y sin armas* por lo que a la primera embestida de don Quijote salieron huyendo campo a través. Dice Clemencín en su comentario a este capítulo del *Quijote* que Cervantes alude a un episodio en el cual caminando Amadís de Grecia, bajo el nombre de Caballero de la Muerte, en compañía de la doncella Finistea: «vio venir a él unas andas que cuatro caballos llevaban, en que iban cuatro enanos. Las andas iban cubiertas de un tapete de carmesí avillotado; y delante de las andas dos fuertes jayanes iban de todas armas armados, y detrás dellos doce caballeros de la misma manera. Las andas conducían a la Princesa Lucela y su doncella Anastasiana, que habían sido robadas, y que el Duque de Borgoña había entregado al gigante Mandroco para que los guardase ocultos en su castillo de Aldarín, como se refiere en la crónica de D. Florisel»²⁰.

También puede tratarse de una réplica paródica de una aventura de *Palmerín de Inglaterra*, en donde el caballero Floriano, vagando por despoblado, vio venir «unas andas cubiertas de un paño negro, acompañados de tres escuderos que hacían llanto por un cuerpo muerto que dentro dellas iba», preguntada la razón de su muerte responden que se trata de Fortibrán el Esforzado al que quitaron la vida cuatro caballeros a traición y piden que le vengue.

Algo parecido debió imaginar don Quijote, por haber leído aventuras semejantes en sus libros, pero, al demandar por el muerto, le informan que es *un caballero que murió en Baeza donde fue depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.*

—¿Y quién le mató?—preguntó don Quijote—.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron. (I, XIX).

Así que una vulgar enfermedad, y no un extraño suceso, acabó con la vida del hombre que transportaban en las andas. El Hidalgo no puede, como imaginaba, tomar venganza del desaguisado que algún traidor hubiera hecho; de nuevo, lo que podía haber sido un episodio heroico es sólo un fiasco.

Varios estudiosos del *Quijote* no aceptan la parodia literaria de los pasajes similares de *Amadís* y *Palmerín*, antes referidos, y piensan que Cervantes se refiere en la aventura del cuerpo muerto, a la sigilosa traslación que se hizo del cadáver de San Juan de la Cruz, en 1593, desde Úbeda, donde murió y fue enterrado, hasta Segovia. También se identificó con don Juan de Austria, el ven-

²⁰ Miguel de Cervantes: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, comentado por D. Diego Clemencín, parte I, tomo II (Madrid: E. Aguado, 1833), p. 97.

cedor de Lepanto, muerto en Namur, en 1578 y traído a El Escorial, por orden de Felipe II, al año siguiente²¹.

Señalar un punto concreto para esta aventura es tarea vana. Pudo suceder, por lo que dice el texto, puesto que van de norte a sur, en el camino de Toledo a Úbeda que discurría por Viso del Marqués, Puerto del Muradal, Vilches, Linares y Baeza. Se ha situado cerca de Viso del Marqués, Almodóvar del Campo o por la zona de Horcajo, en la Sierra²².

Don Quijote después de recibir por parte de Sancho la denominación de *Caballero de la Triste Figura*, al estilo de tantos protagonistas de los libros andantescos, sigue a su escudero y a poco trecho *que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron a un mismo punto [...] y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba [...] No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo que estas yerbas humedece, y así, será bien que vamos un poco más adelante; que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que, sin duda, causa mayor pena que el hambre.*

Parecióle bien el consejo a don Quijote, y tomando de la rienda a Rocinante, y Sancho del cabestro a su asno, después de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado doscientos pasos cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera; y parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron a deshora otro estruendo que les agitó el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor a cualquier otro corazón que no fuera el de don Quijote.

Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose a todo el ignorar el lugar donde se hallaban (I, XX).

²¹ Véase Miguel de Cervantes: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Primera Parte, tomo II (Madrid: Victoriano Suárez, 1906), edic. de Clemente Cortejón, pp. 100-101.

²² El trayecto trazado por Don Tomás López, de acuerdo con Hermosilla, sitúa estos últimos episodios al oeste de Malagón y Peralvillo para atravesar por cerca de Ciudad Real y, por Almagro y Bolaños, dirigirse hacia el Sur. Por los mismos lugares, aproximadamente, traza su itinerario Otto Neussel.

Cervantes otra vez utiliza sencillos componentes manchegos para crear una excelente parodia de los hechos caballeriles. Lo real era el aprovechamiento de los desniveles de las aguas para mover las mazas de los batanes y, con los golpes, enfurtir los paños, tejidos con la abundante lana que suministraban las ovejas de aquellos campos. Según Clemencín esta aventura recuerda cuando Amadís de Gaula, acompañado de Grasandor, al salir de la Insula de la Torre Bermeja, llegó al pie de la Peña de la Doncella Encantadora. Quiso subir a ver las maravillas que de ella se contaban y pide a su compañero que le aguarde y si al tercer día no hubiera vuelto, dispusiese libremente su voluntad. Sea el inspirador este relato del *Amadís*, o el del endriago de la isla del Diablo de la misma novela, es indiscutible que el momento descrito suspende el ánimo del lector ya que conecta de inmediato con los protagonistas y comprende, en situación semejante, el temor de Sancho ante el estruendo que provocan en la noche el crujir de hierros y de cadenas. Además es una de las pocas veces que don Quijote no tiene que transformar la realidad puesto que el ruido era cierto y su valentía queda verdaderamente probada.

Cuando amanece: *vio don Quijote que estaban entre unos árboles altos, que ellos eran castaños, que hacen la sombra muy oscura*; sigue el terrible sonido a lo lejos y hacia él se encamina el valiente caballero seguido de Sancho: *y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de los cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua*. Descubren, por último, unas casas mal hechas que resultan ser un batán, artificio sobradamente conocido y visto por los manchegos. En efecto, según consta en las *Relaciones topográficas* en el año 1575 existían en la comarca del hidalgo seis batanes corrientes y los había también en otros pueblos circundantes, como era normal en tierras productoras de tejidos²³.

De aquí procede la risa de Sancho pues tan común artilugio les había provocado una situación terrorífica y, tras ser objeto de la ira de su señor, continuán viaje, ya que, aunque empezó a llover, no quiso don Quijote refugiarse en las casas que allí había:

Y así torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día antes.

De allí a poco, descubrió don Quijote un hombre a caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro (I, XXI).

²³ El episodio resulta todavía más chusco si tenemos en cuenta que estas maquinarias hidráulicas eran de lo más vulgar y tenían una larga tradición en las riberas de los ríos. Desde el *Libro de Alexandre* (estrofa 1446) hasta canciones infantiles y refranes hablan de ellas sin mostrar gran admiración. Véase el libro de Julio Caro Baroja: *Tecnología popular española*. Sobre el significado e importancia literaria de esta aventura véase Stephen Gilman: *La novela según Cervantes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), pp. 70 y ss.

Entramos en otro episodio en donde, de nuevo, algo tan vulgar como una bacía de barbero, utensilio de lo más corriente, da lugar a uno de los más graciosos equívocos de la narración, al identificarla con el *Yelmo de Mambrino*. La referencia es literaria pues se basa en los poemas caballerescos italianos y alude al yelmo encantado que obtuvo Reinaldos de Montalbán tras matar al Rey Mambrino que lo llevaba y que utilizó después en varios combates²⁴.

Tampoco podemos fijar el punto exacto donde sucede la aventura. Cervantes únicamente nos dice que: *en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenía botica ni barbero, y el otro, que estaba junto a él, sí; es así el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero y traía una bacía de azófar; y quiso la suerte que, al tiempo que venía, comenzó a llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo se puso la bacía sobre la cabeza, y, como estaba limpia, desde media legua relumbraba*.

Pese a la indeterminación cervantina el hecho se sitúa por Serrano entre Piedrabuena y Picón; entre Membrilla y La Solana, pueblos que sólo tenían un barbero, por Peralta Maroto; entre el Viso y Huertezuelas para Pedro de Novo; cerca de Santa Cruz de Mudela, según Sánchez Pérez, y por el camino de Brazatortas a la Veradilla para Torres Yagües. La única puntualización que hace Cervantes es que el barbero se dejó caer del asno abajo y *comenzó a correr por aquel llano*.

Con este episodio se añade un nuevo elemento cómico a la indumentaria de don Quijote pues, aunque hoy una bacía de afeitar por su desuso se pueda confundir con una especie de casco, en la época cervantina tal utensilio en la cabeza aumentaría la ridícula estampa del caballero.

Tras apoderarse don Quijote del supuesto yelmo de Mambrino y Sancho de los aparejos del asno, almorzaron y de nuevo *se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguía por dondequiera que guiaba, en buen amor y compañía. Con todo esto, volvieron al camino real, y siguieron por él a la ventura, sin otro disignio alguno*.

Siguen hidalgo y escudero caminando hasta que *don Quijote alzó los ojos y vio que por el camino que llevaban venían hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos con esposas en las manos... y así como Sancho Panza los vio dijo: —Ésta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras (I, XXII)*.

Naturalmente se encontraban en el camino real que de Toledo llevaba a Andalucía, ya que en Málaga o en El Puerto de Santa María embarcaban a los condenados a remar en galeras. Uno de los galeotes lo confirma cuando, al ser preguntado por el hidalgo, dice que iba por cinco años a la señoras *gurapas* por

²⁴ En *Orlando enamorado*, libro I, canto cuarto y canto veintisiete. También en *Orlando furioso*, de Ariosto, canto dieciocho y canto treinta y ocho se alude al citado yelmo.

faltarle diez ducados, pues, de haberlos tenido: *hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo*. Por fin, cuando don Quijote los libera en una de sus actuaciones más inauditas, *se fueron cada uno por su parte*.

Ante la observación de Sancho de que este hecho, en contra de la ley, provocará su persecución por la Santa Hermandad, decide el enajenado hidalgo entrarse: *por una parte de Sierramorena que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda e ir a salir al Viso o a Almodóvar del Campo, y esconderse algunos días por aquellas asperezas por no ser hallados*.

De nuevo nos desconcierta Cervantes pues, con el mapa delante, es difícil explicar cómo desde el lugar donde se hallaban los protagonistas, en las entrañas de Sierra Morena, atravesando aquellos valles y montañas se podía llegar hasta el Viso o Almodóvar que quedaban atrás. En buena lógica, aparte de que pueda tratarse de otra ironía, podemos pensar que Sancho lo que pretende hacer es dar un rodeo por aquellas sierras ya que su objetivo al internarse en tales parajes es desorientar la posible búsqueda de la Santa Hermandad.

Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierra Morena adonde le pareció a Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos días, a lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así, hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques (I, XXIII). Así nos presenta a los protagonistas la segunda edición de la novela, la de la imprenta de Juan de la Cuesta de 1605, realizada meses después de la primera en donde se intenta reparar el despiste de Cervantes con el robo del rucio de Sancho que sucede aquí mientras duermen.

Aunque el pasaje se incluye en numerosas ediciones del *Quijote*, ya desde tiempos Cervantes, son muchos los comentaristas e impresores que dudan de la paternidad del texto. Sin embargo, si suprimimos este episodio, observamos que en una jornada transcurrirá la aventura de los galeotes, el viaje a Sierra Morena, el encuentro de la maleta de Cardenio y la escena en que Sancho se despide de su amo al quedarse haciendo penitencia²⁵.

Cuando continúa la acción se dice que: *Así como don Quijote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciánsele a la memoria los maravillosos acontecimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido a caballeros andantes*. Además Sancho también andaba contento pensando que *caminaba por parte segura*, es decir, por un lugar en donde era

²⁵ Sobre este discutido pasaje, véase Vicente Gaos: «El rucio de Sancho», en el tomo III de su edición del *Quijote* (Madrid: Gredos, 1987), pp. 218-227, en donde da bibliografía sobre el tema; Miguel de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*, I, Edición, introducción y notas de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Obra Completa IV (Madrid: Alianza, 1996), pp.273-274, y Miguel de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*, Edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico (Barcelona: Crítica, 1998), pp. 250-251.

difícil ser descubiertos por la Santa Hermandad. Poco después encuentran una maleta abandonada, como se sabrá más adelante, por Cardenio, y tras leer un librito que allí estaba, don Quijote observando *aquel lugar inhabitable y escabroso* sigue: *sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería, que era por donde él podía caminar, siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura*. Así sucedió en los capítulos que analizaremos en el siguiente artículo.